

165. Una revolución genial

Un agudo observador llamó a las tres primeras palabras del discurso de Jesús en la Montaña —“¡Dichosos los pobres!”— *la revolución genial*.

Efectivamente, sin exigir ninguna víctima, sino felicitando y levantando a los que estaban caídos, Jesús hizo por los pobres lo que no cupo en la cabeza de ningún revolucionario de nuestros días.

Soñaron algunos que la solución al problema social moderno estaba en el comunismo. Lo han seguido diciendo hasta después de su fracaso total con la caída del Muro de Berlín, obstinados también en defender hasta el final lo indefendible con la revolución cubana... ¿Habrán todos éstos olvidado la ideología que movió a los grandes dirigentes del comunismo?

Por ejemplo, un Lenin, que dice: *Los millones de vidas humanas que necesito para mi experimento social no valen, a mis ojos, más que un millón de conejillos de indias, que sirven para los experimentos de los biólogos.*

O como su colega Trotski, en una asamblea de San Petersburgo: *Sé que el hambre nos espera; pero aunque las tres cuartas partes del pueblo ruso tuviesen que morir de hambre y de frío, no detendríamos el curso de la revolución mundial* (Zaffonato. Catequesis Festiva)

Jesús emplea un método muy distinto. Los grandes dirigentes comunistas, los de Rusia, Europa del Este o los de nuestros países que cayeron en el socialismo marxista, mientras alardeaban tanto del trabajador, sabían vivir con un capitalismo feroz.

Jesús, no. Jesús empieza gritando “¡Dichosos los pobres!”, pero antes, Él ha escogido nacer pobrísimo, vivir pobre, y morir en la última de las miserias. Uno como Jesús es el único que tiene así derecho a hablar de los pobres.

Además, lo hace sin sublevar a nadie.

A los mismos pobres les advierte que su pobreza no ha de consistir en no tener nada o carecer de lo necesario para vivir, sino en abrirse con espíritu a Dios, a confiar en Él, que es un Padre con cuidado mimoso de todos sus hijos.

Y a los ricos, sin quitarles nada, les exige que se abran a los pobres, que compartan, que piensen en el pobre Lázaro que suspira por unas migajas de pan mientras ellos banquetean opíparamente, porque, de lo contrario, van a ver cómo se cambian irremediabilmente las suertes.

Jesucristo basa en este punto de la evangelización a los pobres el signo de su misión: *Dios me ha enviado a evangelizar a los pobres... ¿Duda Juan de quién soy yo? Id, y dadle como prueba que los pobres son evangelizados...*

Por eso, los primeros que siguen a Jesús son siempre los pobres, los pequeños, los que sufren, los que viven de su trabajo, los oprimidos por los grandes del pueblo, los que no tienen a donde agarrarse sino a Dios.

Con su manera de proceder y de hablar, Jesús quita de una vez para siempre de la cabeza de todos aquel concepto que los judíos tenían de la benevolencia de Dios, como lo vemos por toda la Biblia del Antiguo Testamento. Se pensaba entonces que el rico, el que abundaba en bienes materiales, el que gozaba de una salud a prueba de bomba, el

alabado por todos gracias a su bienestar, era el gran amado de Dios, era el gran afortunado del Cielo como lo era de la tierra.

En adelante no va a ser así. Todos vamos a saber en adelante que Dios ama a todos sus hijos por igual, y que es bueno hasta con los más malos, porque para ellos también hará salir cada día el sol y sobre sus campos mandará la lluvia bienhechora. Pero que entre todos sus hijos, se llevan las preferencias de su amor los pobres y todos los que sufren.

De este modo —volvemos a la *genialidad* de la revolución de Jesús—, los pobres se ven apoyados en la lucha por sus derechos por el mismo Dios, aunque les quite las armas de las manos. Pero avisa también a los ricos que dejen de oprimir y de ser injustos, porque si quieren heredar el Reino habrán de hacerse ellos también pobres en el espíritu, de modo que no detenten injustamente lo que pertenece a todos.

Así, Jesucristo apela a la conciencia en vez de apelar a las armas. Aunque cabe preguntar: ¿quién soluciona mejor los conflictos laborales, quién da más al pobre, quién levanta más eficientemente la sociedad? ¿quién? ¿los revolucionarios que matan y fracasan y pasan, o Jesucristo, el pobre predicador de Galilea?...

María, iluminada por el Espíritu, se adelantó a lo que un día iba a proclamar su Hijo, cuando exclamó en casa de Isabel, ella, que se veía pobrecita y tan humilde: “*Dios derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos*”.

La Iglesia en nuestros días ha reflexionado mucho sobre la palabra de Jesús respecto a los pobres.

Contra todo lo que digan sus calumniadores o hijos suyos desaprensivos y hasta muy poco conocedores de la historia, la Iglesia siempre ha mirado a los pobres como los mayores tesoros suyos, como lo atestiguan tantos Santos y tantas instituciones religiosas fundadas expresamente para acoger y atender precisamente a todos los que rechazaba la sociedad.

Pero hoy la Iglesia, como institución, va a más. Opta de manera muy preferencial por los pobres, a pesar de llevar la salvación de Jesucristo lo mismo a ricos que a pobres, porque todos son hijos de Dios y Dios quiere que todos se salven.

La Iglesia, por más que la ataquen sus detractores, entiende *la genialidad de la revolución* de Jesús mejor que los revolucionarios marxistas. Los unos pasaron, y la Iglesia seguirá siempre adelante con el mismo plan...